

Atravesada por las palabras

“Abrirse a una lengua no es un acto gratuito, es una manera de disponer de un sueño colectivo, de habitarlo”, dice Marc Petit en su ensayo “Elogio de la ficción”. Yo creo que Corina Oproae sabe mucho de habitar otra, otras lenguas, de adentrarse con pasión en ese sueño colectivo, pero también ha comprendido que en esa entrega hay una ruptura inevitable, una fragmentación de la propia realidad que solo el poema con sus “intermitencias” es capaz de reconstruir por un breve espacio de tiempo.

Corina Oproae es una escritora rumana que escribe en español o quizás no, quizás es una escritora catalana cuya lengua materna es el rumano o tampoco es eso porque probablemente es todas esas cosas a la vez y mucho más. Quizás también por eso, su trabajo como escritora no se detiene en los propios textos sino que se alarga y extiende la mano hacia las voces y los ecos de otras poéticas que acompañan su transitar de una a otra lengua. De ahí sus traducciones de figuras tan relevantes en la literatura rumana contemporánea como Marin Sorescu, Lucian Blaga o Ana Blandiana por las que ha recibido importantes premios.

Lo que sí es seguro es que la poesía de Corina está construida desde la consciencia dolorosa de esa expulsión simbólica que empieza en la propia lengua. Quizás de ahí sus *Mil y una muertes*, título de su primer poemario publicado en español en 2016 y también de ahí esa constatación íntima de una carencia que la poeta se ve llamada a ocupar a través de la palabra, renombrada como lugar absoluto en este segundo poemario, *Intermitencias*.

Porque en estos poemas la palabra es el personaje protagonista pero también es el escenario y el argumento y el paisaje y todo lo demás. La palabra es el pincel y la mano que mueve al pincel, y

el trazo que dibuja y el papel y el cuadro. La palabra está fuera y dentro del marco, del ojo, del enfoque: lo que cada palabra oculta o descubre, lo que niega o alumbra, aquello que descifra o esconde, ése es el itinerario obsesivo, opresivo, redundante, devastador, de sus Intermitencias. “Soy la hija-palabra/que nace cada día” señala en el poema *Identidad*. O en la terrible declaración del brevísimo texto que lleva por título *Siglo XXI*: “He enmudecido, / la palabra/se me agria en la boca/como la leche”.

Hay en todos estos versos un dolor que responde a una expulsión, a un despojamiento de lo esencial, de lo primigenio y que, finalmente, nos condena a vagar por un mundo hostil. Porque el verdadero exilio, no es tener que marchar, sino constatar que, aunque volvamos, aquello que dejamos atrás no permanece igual y, por lo tanto, ya no podrá ser recuperado. En definitiva, una experiencia del desarraigo personal elevada a experiencia moral a través de la palabra poética: lengua-infancia-memoria, forman parte de una misma cadena donde la consciencia de pérdida, de extinción o de exilio forman las partes de un todo único: “Vivo en un mundo/donde desaparece cada día/una palabra” dice en el poema *Estado aleatorio* o cuando recuerda a John Berger en *Migrant words*: “También emigran las palabras./También ellas recorren/recelosas el camino del exilio”.

Resulta entonces emocionante y desolador comprobar que siempre se está dolorosamente en otro lugar o más bien, en otro “no lugar”, aquel donde es posible una existencia paralela, una existencia alternativa pero también una existencia siempre en parte mutilada, nunca del todo completa: “En algún lugar/las palabras caminan de espaldas a la vida” (*La cuarta letra*).

Y en todo este itinerario, en esta especie de viaje que es también una propuesta de búsqueda, el yo lírico-- despojado de todo-- encuentra, sin embargo, una grieta, una rendija por donde colarse, un espacio y un tiempo de nadie, allí donde los mundos del sueño y la vigilia se cruzan y se expanden sin atender a las leyes de la razón, una especie de oxímoron perfecto para escapar del yugo de lo predecible, ese "... breve espacio/que nace cada madrugada" del poema *Muros* . Será únicamente en ese estado previo a la consciencia donde la poeta pueda por fin escribir "Como quien prolonga/ un sueño al despertarse/ y nunca lo recuerda" (*Fingir*) para reconocerse en la absoluta paradoja del poema que lleva, cómo no, por título *Despertar*: "Llevo durmiendo/mi pasado, mi presente/y mi futuro".

Yo creo que uno de los grandes aciertos de estas *Intermitencias* es haber conseguido crear esa atmósfera de inquietud que sobrevuela todo el poemario y que, a veces, nos emociona o nos sacude como un mazazo, con esa sensación de estar asistiendo a algo misterioso que ocurre al otro lado de la puerta, en habitaciones lejanas, en lugares donde sólo se nos permite mirar por un instante y con eso nos basta. No otra cosa pedimos al arte, a la poesía.

Decía Anne Carson que "si la prosa es una casa, la poesía es alguien en llamas corriendo a través de ella". Yo creo que Corina es esa mujer que corre en llamas, una mujer atravesada por las palabras, atada a ellas en el poema, liberada por ellas.